

Alain

Estudio sobre Descartes



ME han contado que Pedro Laffite, en uno de sus cursos, siempre inspirados, como sabemos, en la doctrina pura de Comte, levantaba entre sus manos un libro cuadrado, diciendo: «He aquí la grande obra de los tiempos modernos». Eran las «Meditaciones» de Descartes.

Pues bien, el discípulo que acudía a este precioso libro, se sorprendería, tal vez, al no encontrar en él sino teología al primer vistazo, y metafísica en el mejor de los casos, género de meditación de la que Comte se cuidaba. Stendhal dice en alguna parte que Descartes parece al principio, en su «Método», como un maestro de la razón, pero que, dos páginas más adelante, razona como un monje. Ante esta opinión, y según la idea temeraria de que los momentos pasados ya no se conservan, el lector de Descartes querrá quizás distinguir al ilustre geómetra, que sobrevive en todo, del físico atrevido, imputado hace ya mucho tiempo, y aun más del teólogo que, según otros, puso a prueba sus creencias; el lector encontrará, en fin, ramas muertas en este árbol aun vigoroso. Esta manera de leer, demasiado fácil, le privará también del más potente maestro del pensamiento que se haya visto. La parte de acierto se abre, es verdad, sobre profundidades; pero esto no es un hecho histórico; en cualquier hombre las ideas claras suscitan el enigma, y el escándalo en cuanto se satisface con ellas. Y no es poco decir también que Descartes abre el camino; pues, ya sea en sus osadías de físico, en lo que el error es

lo primero que se ve, ya sea en sus osadías de teólogo, más ocultas aun, está en la línea, y mucho más adelante que nosotros. Pero no como ángel, como hombre, y cargado de materia como nosotros, impedido por las pasiones como nosotros y dirigiendo a la vez cuerpo y alma según la condición humana. En suma, ningún hombre es más íntegro que Descartes, ninguno se deja dividir menos, ninguno ha pensado más cercamente de sí mismo. Según esto último, debemos seguir el culto humano, que entierra (sepulta) tan bien a los muertos. Mientras tratamos de ponernos de acuerdo aquí, de negar allá, y de explicar, en fin, por el peso de la historia, el porqué no dijo quizás todo lo que había que decir, él, por las leyes no escritas de la gloria, sobrevive a todo.

Con frecuencia he dicho que lo que nos falta para comprender a Descartes es la inteligencia; al que no ha experimentado cruelmente esto hay que compadecerlo y enrostrarle esa geometría hecha. Sin embargo, esta observación no llevará lejos; pues, si no tenemos, por gracia, el genio de Descartes, ¿qué podemos hacerle? El mismo levantó de antemano, como se verá, este juicio de modestia, mediante la más formidable, fuerte lección de valor que jamás se haya oído, puesto que quiso llamar generosidad a ese poder que en nosotros hace que juzguemos bien. En resumen, digamos que este Príncipe del Entendimiento, midiendo el entendimiento mismo, rehusó buscar nuestra perfección mediante él y a Dios mediante él, rebajando atrevidamente nuestra capacidad de comprender ante el atributo del querer. De ninguna manera pedante, y todo un gentilhomme, era su manera propia, como se notará, al rehusar ser difícil. Por eso mismo, severo entre todos, rechaza en cada línea esa excusa de los perezosos que quisieran decir que la estolidez no es voluntaria. Por este motivo este maestro no pide ya respeto, sino más bien atención.

EL HOMBRE

«Mi segunda máxima era ser lo más firme y resuelto que pudiese en mis actos».

(Discurso del Método).

El hombre es de una época hermosa y que no ha aprendido aún la obediencia. El orden no se ha establecido todavía. Toda Europa es como una inmensa guerra civil, en la que cada uno se bate por su cuenta; y aun las matemáticas se asemejan a una guerra partidista, en la que los más hábiles ensayan algún bote secreto. Todos los hombres son de espada y de empresa, y eligen a su amo. Ninguno se encuentra ante sí con esos deberes escritos, que hacen cuerdas nuestras pasiones. Hay que tomar partido. Descartes participa en este movimiento, él no se asombra de ello. Este viajero, este militar, este hombre de acción nos es poco conocido; pero lo que sabemos de su vida, aunque meramente exterior, y sin ninguna consideración de sus fermentos secretos, no nos permite olvidarlo. Sabemos que sirvió como voluntario bajo Mauricio de Nassau, pronto Príncipe de Orange; que después de dos años pasó al ejército del duque de Baviera; dos años más tarde, se le vuelve a encontrar bajo las órdenes del conde de Bucquoi a quien siguió con toda verosimilitud hasta Hungría. Después de seis o siete años, en fin, de viajar libremente se encuentra como espectador en el sitio de La Rochela, y allí se vuelve a incorporar al ejército del rey hasta la victoria final. He ahí, al menos, la leyenda tal como se la encuentra en Baillet. Hay mucha incertidumbre en estos detalles, y aun los historiadores rechazan el último episodio, probando que Descartes acababa de llegar a Holanda en el momento en que La Rochela fué tomada. No obstante, hay que decir que este episodio no habría sido inventado ni creído si no se hubiese atribuído a nuestro personaje;

y, cuando se quiere conocer el carácter, las costumbres y las actividades de un hombre, la leyenda no ha de despreciarse.

No se trata, pues, aquí de un letrado cómodo, sino de un hombre despierto y duro, impaciente por deliberar, que decide, que taja, que se arriesga. Por muy lentas que fuesen las guerras en aquella época, y aunque dejaran tiempo para la curiosidad y para la reflexión, eran, por momentos, muy bestiales. Nada sabemos de Descartes combatiente, a no ser dos actitudes muy militares que la tradición nos relata de él. Se sabe que Descartes, que pasaba a la Frisa Occidental en una barca, con un solo sirviente, adivinando una sublevación de los barqueros, sacó de pronto su espada, y los hizo guardar respeto.

Tenía entonces cerca de veinticinco años. Un poco más tarde, y cerca de los treinta, se cuenta que se batió contra un rival, en presencia de damas, a una de las cuales hacía la corte, y que, habiéndolo desarmado, le perdonó la vida. Eran los tiempos de los duelos, y Descartes, a falta de gallardía, muy bien hubiera podido morir en una querrela estulta, como murió Sevigné. Nos agrada saber que un sabio se distingue de los demás hombres, no por su menor dosis de estulticia, sino por su mayor dosis de razón. Por lo demás, el lector encontrará en el «Discurso del Método», bajo el título «Algunas reglas de moral sacadas de este método» una doctrina de acción a la que él no falta nunca. No está de más decir aquí que este hombre decidido dormía mucho y se quedaba de buena gana acostado aun sin dormir. Estos contrastes, estas expansiones sin medida, esta especie de pereza que cada cual emplea como le place, son propios de la vida militar, y forman escándalo, por el contrario, en los trabajos de la paz. Descartes, desde el colegio, se escapaba por favoritismo a la regla común. Que se haya lanzado en seguida, y por propia elección, a la vida militar, asombraría si esa vida fuese la más estrictamente arreglada que existe; pero no lo es: la vida militar se rige en realidad por necesidades exteriores. Se puede aceptar que Descartes soportó siempre sin gran

dolor las restricciones del acontecimiento puro, pero soportaba muy mal los demás. Henos aquí intentando de comprender a este solitario y esta existencia voluntariamente aislada. En sus mocedades, fué más de una vez hombre de sociedad; en dos ocasiones vivió en París como se vivía entonces, gustando mucho de la conversación, de la música y de todas las diversiones honestas. Pero no fué jamás puntual en esto, ocultándose de repente en algún barrio. Sus amigos lo volvían a encontrar por casualidad y lo llevaban de nuevo, al parecer, sin gran trabajo. Estos rasgos no son de un misántropo. En sus viajes, que lo condujeron —al abandonar sus campañas militares— a todas partes de Alemania, a las Frisas, a Holanda, a Inglaterra, a Italia, lo vemos caminar a pequeñas jornadas, detenerse donde le place, rebuscar todos los espectáculos de la naturaleza, y también el espectáculo humano: una coronación en Francfort, un jubileo en Roma. Y aun, durante los veinte años que pasó después en Holanda, cambiaba todavía de lugar con mucha frecuencia, siempre bien alojado y bien servido, teniendo huerto y caballos para el paseo, libertad y expansión, en fin, los más grandes bienes ante sus ojos. Lo más humano en él estuvo aún fuera del orden, como aquella Francina, su propia hija, a quien educó hasta la edad de cinco como lo hubiera hecho una madre y a quien perdió y lloró. ¿Qué hombre no admirará, no sin un poco de temor tal vez, a esta existencia que se apoya sólo en sí misma, rechazando y atrayendo, según sus leyes propias, a todos los espíritus en actividad? Este rey del espíritu que trataba de igual a igual con la princesa Isabel, y a quien la escuadra sueca esperaba en el Zuyderzée (Mar del Sur, golfo de Holanda, formado por el Mar del Norte) hasta que le dió en gana partir hacia el frío país en el que debía morir, recibió en su soledad, hacia los cuarenta y nueve años, a un zapatero llamado Rembrantsz, buen matemático, que se dió a conocer más tarde como astrónomo, y con el que compartió más de una vez.

Los que quieran leer bien el «Discurso del Método», como

leerían a Montaigne, sentirán que Descartes está muy lejos de la revuelta y de la Fronda (guerra civil de mediados del siglo XVII); pero sentirán también que el orden político está tomado allí tal cual es, y sin ninguna mezcla de religión. Hay un poco de desprecio en esta especie de obediencia. Se adivina por aquella vida militar suya, al que elige sus obligaciones como ejercicios de paciencia, y también por aquella huída al que, con el pretexto de buscar un clima conveniente, se detiene en el país más libre y el más desbrozado de majestad que hubiera por entonces en la Europa. Es justo hacer notar también que los teólogos de ese país no le dejaron en paz, después de ardientes querellas, sino mediante la intervención de altos personajes, entre ellos quizás el Embajador de Francia, y eso nos preserva de ordenar las fuerzas según las ideas. Uno de los puntos de la doctrina cartesiana consiste en que el espíritu se salva y aun está dirigido por este desorden de las fuerzas cósmicas que no piensan. Hay que comprender aquí este negro punto de vista. De todos modos, sin embargo, es necesario poner aparte, como él lo hacía, la autoridad de su propia religión, a la que se sometía por libre aceptación, y sin ninguna hipocresía; como trataré de explicarlo. Le queda una desconfianza, también sin ninguna hipocresía, con respecto a los círculos, a las conversaciones, y, en fin, al orden humano hasta donde él tiene la pretensión de pensar. Esto puede chocar. Importa también mucho que el lector culto de la época actual sienta el choque, y se encuentre como desplazado un momento de una época en la que no se sabe ya obedecer sin creer, y en la que se acostumbra, en cambio, colocarse en varias situaciones para pensar. Esta advertencia lleva más lejos de lo que se cree, y se encontrará la continuidad en la doctrina, por este rasgo esencial—aunque difícil de coger—de que las ideas mismas están ahí, en cierto modo, referidas a todo género de mecanismos limitados, lo que condena por anticipado (de antemano) las épocas de vida colectiva, que se repetirán siempre, y en las que el buen sentido se cuenta como un fruto de la asociación.

Las ideas entonces son como máquinas. Pues hay que anotar, como una manera de ver desde luego fácil y de gran consecuencia, que las máquinas están por todas partes en Descartes, pero en todas partes definidas, en todas partes referidas al objeto, en todas partes despojadas de espíritu, como efectivamente son. Y, bajo esta relación, es bueno que el lector guarde en su pensamiento, y en lugar preferente, la bastante conocida paradoja del animal máquina; este juicio severo que quiere ensalzar al hombre, es profundamente extraño en todo régimen intelectual, en el que las doctrinas son el principal objetivo; es necesario entonces que la controversia, y finalmente la prueba, métodos que se dicen animales, sean los medios ordinarios de reflexión. Según este sentimiento, que poco a poco se aclarará, han de juzgarse también esas discusiones asombrosas, que siguen a las «Meditaciones», en las que se ven a la vez una cortesía deseada con un principio de desprecio que pronto se hace notar. Consideremos ahora sólo el hermoso retrato que nos queda, y no nos engañemos con la severidad que es en él el carácter primordial. Los hijos se confunden a menudo con sus padres, porque aquéllos no tienen una idea bien clara de los trabajos que cuesta la vida fácil de la infancia. Mme. de Sevigné escribe a su hija: «Vuestro padre, Descartes». Esta palabra suena bien aquí. Traduce un sentido de la reflexión que es el recuerdo, y por el cual el orden establecido rinde homenaje al Creador. De la misma manera la idea perecería completamente sin el recuerdo del numen, al menos, del que la ha elaborado. Eso es remontarse a la fuente de las ideas. Debemos aprender este piadoso recuerdo, que es pensar, y saber decir también: «Nuestro padre Descartes».

LA DUDA

«No podría hoy concederle demasiado a mi desconfianza, puesto que no se trata ahora de obrar sino sólo de meditar y de conocer».

(Meditaciones I).

No resumiré aquellas célebres búsquedas, después de las cuales Descartes, sentado en su rincón del fuego, terminó por separarse de todas las cosas que le rodean y casi de su propio cuerpo, para volver sólo a encontrarse en su pensamiento; ya que dos veces apenas se retiró de esta soledad y este silencio nocturno. Es en las «Meditaciones» en donde se encontrará esta súplica del hombre de los tiempos nuevos, que es en primer término súplica a sí mismo. Esta efusión, esta paz, esta fuerza reconcentrada en sí misma, y que se mueve toda según su ley interior, eso está por encima de toda nuestra prosa y aun de nuestra poesía. No hay una síntesis que dé el equivalente de esta actitud sublime. Pero, dada esta manera de ver sobre Descartes que medita, meditemos más bien a nuestra vez sobre ello, sin olvidar ninguna circunstancia, como aquellos discípulos que imitan el gesto y la voz del maestro, y que, sin saberlo, dan con el cuerpo y el natural un impulso a sus primeros pensamientos. Noche y silencio; una paz bien acondicionada se extiende alrededor; las cosas familiares están en su lugar. Descartes se levanta, camina hacia la ventana, lanza una mirada hacia la calle, ve hombres de capa—los mismos que Rembrandt pinta,—vuelve a su sillón sin apresuramiento ni temor. Claro, hay que considerar esto. Pues sucede que los hombres dudan de las cosas y se palpan ellos mismos como para despertarse; sí, pero en el caso de una desgracia extrema, o de un tumulto humano, o ante alguna gran convulsión de la naturaleza. Descartes, ante

cuyos ojos la irresolución era el más grande de los males, sería más bien, como se ha visto, un hombre de manos en tales circunstancias. Pero, ahora mientras medita, no es de ningún modo una inquietud lo que le coge, ni ninguna clase de escalofrío. No está delante de la Esfinge, ni de ningún cruce de camino en que habría que tomar una decisión. Todas las pasiones, por el contrario, están aplacadas: su hermosa prosa lo atestigua. Notemos bien esta actitud: para esta duda hiperbólica elige el momento en que está seguro de todo. He aquí el rasgo esencial: él duda porque quiere. Es la característica de Descartes en todas sus búsquedas, aun en las geométricas y en las físicas: no le reconoce el alto título de pensamiento, sino a aquellos pensamientos que él dirige o controla y a los que le da forma como por decreto. Su duda no está por debajo, sino por encima de la creencia. Se asegura primero y después duda sobre lo que cree; él pone a prueba la solidez del mundo, no lo quebranta de ningún modo. El vértigo sería asunto del mundo y la pasión del alma, lo mismo que la irresolución. Nada hay de semejante aquí. Helo ahí, más bien, como resistiría ante las amenazas del mundo, que se niega a la confianza, y que deshace hilo a hilo, con precaución, esas cosas tan bien tejidas. Aquí la mirada del físico; aquí la existencia desnuda ante el pensamiento desnudo. No es durante una tempestad cuando aparecen los verdaderos torbellinos sino más bien en este trozo de cera que él moldea acercándolo al fuego. En este célebre análisis, se encontrará aún un ejemplo de esta duda conducida, buscada, dirigida. Todo el poder del espíritu se pone a prueba de una vez y mejor aun en aquella primera búsqueda que va deliberadamente hasta suponer un espíritu absolutamente engañador. En esto el entendimiento es sobrepasado, lo que significa comprender; el espíritu se descubre al fin a sí mismo sin otra función ni medio que la duda, la indudable duda. «Si ella me engaña, existo», tal es su primer pensamiento sobre Dios. Pues no es poco el tener esta idea de que podría

muy bien engañarme. El tiene este poder de engañarme, sea; pero yo tengo el poder de desconfiar. Este basta. Soy espíritu.

Descartes marca aquí un compás de espera. Hay que imitarlo. Hay que meditar sobre esta riqueza y pobreza juntas. Es ahí donde tendremos siempre que regresar. ¿Riqueza? Pero ¿qué riqueza? Todo lo que es espontáneamente creído cae fuera del rango del pensamiento.

Todas esas fieles apariencias, sí, todo ese orden que alimenta a nuestro cuerpo, pero que no tiene intervención para dirigir nuestros pensamientos. No podemos llamar verdad a lo que agrada a nuestro cuerpo: es una riqueza falsa la que perdemos en él. Nosotros miremos de más cerca: ganamos con ello el creer como se debe creer. La naturaleza es bastante fuerte y de todos modos hay que confiarse en ella, no para dejarle, sin embargo, la dirección de nuestros pensamientos. Quiero volver aquí todavía una vez más al hombre, que se ve tan claramente en el «Discurso del Método». En esta creencia en cuanto a religión, como también en las costumbres y en las leyes Descartes se entrega enteramente; pero nunca dirige sus investigaciones por esos caminos. No se paga, en forma alguna, de malas razones; en eso no quiere razones. «Conservar, escribe en ese manual del hombre de acción que yo citaba, conservar la religión en la que Dios me ha hecho la gracia de nacer». Antes había dicho y en el mismo tono: «Obedecer a las leyes y costumbres de mi país». Todo eso es muy serio, cuando se ha tomado el partido de creer que viene del saber lo que es examinar. La primera sabiduría, y lo que deslumbra aún en su geometría, es lo de no examinarlo todo. Y es sin duda por una feble idea del entendimiento, siempre mezclado a la imaginación en nuestros ambiciosos pensamientos, por lo que no cesamos de aplicar el entendimiento a todo. Hay, pues, un arte de creer, que Montaigne sabía también, aunque mediante una duda menos dirigida, menos activa, menos fuerte, mediante una reflexión difusa, en fin. El espíritu se atreve a algo más en esto y por una separación y una negativa sin ejem-

plo, sostiene el arte de pensar sobre el arte de creer, definidos los dos por la separación misma, violenta una vez, violenta siempre. Esta precaución lleva lejos.

Es necesario seguir ahora la duda en acción, la duda creadora del orden. A decir verdad, lo que hace que ganemos y avancemos algo en nuestros menores pensamientos es que, dudando de lo que parece, rebajamos siempre lo que pensábamos primero al rango de lo que solamente merece ser creído. La marcha de la reflexión consiste siempre en dejar a un lado lo que ocupaba nuestra vista y de ponerlo bajo nuestros pies como fajinas. Pero es la geometría la que da el mejor ejemplo, y el más fácil, sobre todo en sus comienzos. Pues la imaginación, aunque disciplinada, no cesa de participar en las figuras, y de ofrecernos sus pruebas agradables, que no son, sin embargo, sino creencias. Descartes no despreciaba de ningún modo, esta ayuda de las figuras, como puede verse en las «Reglas para la dirección del espíritu»; y dijo más de una vez que en las matemáticas la imaginación y el entendimiento van siempre juntos. Pero en ello está más atento también para rechazar las pruebas de la imaginación. Seguid esta idea según vuestros recuerdos de colegial. Notad que las primeras proposiciones del geómetra son las que cualquiera puede aceptar; y la primera opinión en esto es que no hay necesidad de darse tanto trabajo para demostrar lo que cada cual ve fácilmente. Pues bien, aquí es donde hay que dudar, y dudar severamente, sin lo cual se puede aplicar bien la geometría; pero de ninguna manera se puede inventarla. Es la duda renovada, la duda hiperbólica, lo que hace que la recta sea tal. Todos nuestros pensamientos correctos concernientes a la recta suponen que rechazábamos continuamente lo que el trazado quisiera decirnos, lo que jamás deja de decirnos, y que tiene un aspecto de verdad. De aquí también ese saludable escrúpulo de preguntar expresamente lo que el oyente aceptaría sin esfuerzo. Y la regla de las reglas, que consiste en no dejar entrar jamás en la definición lo que ya se ha dicho una vez, hace apare-

cer a esta policía del espíritu por medio de la voluntad, que está por encima del entendimiento, y que aclara el entendimiento, aunque la figura referida a las cosas, y meramente (puramente) cosa, regla las actividades de la imaginación y mantiene a raya al cuerpo. Tal es el geómetra en orden de batalla. Volveremos a encontrar, en el primer juicio del metafísico, esta disciplina: de las fuerzas inseparables mantenidas en su justa proporción imaginación, entendimiento, voluntad, que siempre sostiene el verdadero geómetra.

Recojamos, por lo tanto, esta lección de fuerza. Sobre lo dudoso hay que creer; la duda no agregará allí nada, nada aclarará. Creer es decidirse, tomar partido. Leed la segunda regla de moral, en este «Discurso»: encontraréis a Descartes en el bosque, donde, puesto que todo es dudoso en la naturaleza, el espíritu toma un partido desnudo, sin sombra de prueba, y, eso mismo es una razón para perseverar. Por el contrario, en la seguridad que nos da la naturaleza, en esta cámara bien cerrada, en esta ciudad bien aseada, en el momento de ese sueño agradable que la vigilia nos ofrece, y en el de ese sueño con los ojos abiertos, cuando se dan las pruebas de costumbre; cuando el partido que descendió al cuerpo ofrece un cariz de razón, entonces es cuando el espíritu niega, y así comienza a existir por sí mismo. De suerte que el espíritu es el objeto mismo que lleva la duda, digamos la idea misma, en tanto que ella es el objeto y se ostenta. Esta gradación que va de la idea al espíritu, este paso zombroso, este retroceso, esta oposición de lo pensado en sí a lo pensante en sí es el método, y es el alma del alma.

DIOS

«Si oís decir sólo de que en el orden
«de los cuerpos está la suma perfección,
«eso de ninguna manera es el verdadero
«Dios».

(Respuesta a la segunda objeción).

Hay que considerar aquí primeramente con ojos cartesianos, y sin ninguna mezcla de religión, esa inmensa existencia que nos solicita de todas partes, que es en todo más poderosa que nosotros, pero que no es, sin embargo, sino mecánica. Mecánica, es decir, exterior a sí misma. Espero que más adelante esta idea será completamente extraída de la imagen, y se sabrá lo que es la materia. Sucede que no hay en los «Principios», en donde, de torbellino en torbellino, el Universo se exhibe como las mercaderías en una vitrina, la menor muestra de temor o sólo de asombro. Descartes ha explicado con énfasis la imperfección radical que está unida a esta clase de grandeza, y que consiste en que nada existe en sí, y que esta especie de existir por defecto nos lleva siempre ya sea a sus cercanías, sin lo cual no sería lo que es, ya sea a sus partes, de las que está compuesto. Esta relación que es siempre de compuesto a componente, define lo que Hegel llamaba la falsa infinidad; esta idea es profundamente cartesiana. Por eso, no es por ahí por donde debemos buscar esta perfección que existe por derecho propio, y de la que lo menos perfecto es una continuación y una dependencia. Digámoslo otra vez: no se trata aquí sino de no tomar la imagen por la idea, ni lo medido por lo que es susceptible de medirse. Nada lo advierte mejor a este respecto que el cuidado que manifiesta nuestro filósofo, en sus «Respuestas», para que no se le tome por un Santo Tomás apenas renovado. Pues bien, Santo Tomás argumentaba así: por el nombre de Dios se entiende un

ser tal que nada más grande puede concebirse; pero es más grande existir en el hecho y en el entendimiento que existir sólo en el entendimiento. Dios existe, pues, por su definición, en el hecho y en el entendimiento. Este argumento satisface. Pero ¿quién no ve que el exterior está tomado allí como grandeza verdadera y perfección verdadera? ¿Quién no ve que la imaginación quiere ostentar ahí sus grandezas de apariencia, insuficientes por cierto en esencia? Este argumento se encuentra bajo diversas formas en el curso de la historia, y se le atribuía ya a Aristóteles—pero falsamente según creo—el argumento célebre de la causa primera, o del comienzo absoluto; las causas—se dice—nos remiten a otras causas, y nada es suficiente; es preciso, pues, detenerse. Baste decir aquí que la filosofía de Aristóteles, aunque profundamente opuesta a la de Descartes como la doctrina del animal máquina que basta para hacerlo comprender, ya no se contenta, sin embargo, con buscar la relación exterior según los engaños de la imaginación, y que, por la relación del poder con el acto, toca la grande idea a la que debemos ahora darle forma. No es menos importante considerar que para Aristóteles es el Universo el que encierra el gran secreto, el Universo del que —Descartes moderno en esto y más que ninguno de nosotros—al contrario se aparta, y, lo mira desde el punto de vista del entendimiento, como tal vez se notará al final. Pero como no se puede decir todo a la vez, basta por ahora no querer buscar la perfección en este polvo cósmico, agitado y sacudido de mil maneras, y con saber—en fin—de que no es con respecto al sujeto pensante en el que hay que buscar la perfección. Sin esta observación, que en Descartes se encuentra a cada paso, y que nos lleva siempre al «Pienso, luego existo», las célebres pruebas en la forma en que aparecen recogidas en el «Discurso» serían impenetrables.

Este comentario quiere ser útil al lector. No dispensa de leer. Lo mejor es, pues, que yo vuelva sobre la idea capital al seguir los caminos que me parecen más naturales y fáciles:

después de esto se tendrá oportunidad de reconocer que las célebres pruebas de Descartes no tienen sino un sentido y que no pueden tener más que uno. Descartes ha ganado, pues, esa asombrosa victoria de igualarse mediante la duda, con el príncipe de las tinieblas o genio maligno, concebido tan poderoso como se quiera suponerlo. ¿De dónde me viene este poder—se pregunta—que desafía a todo poder? No, por cierto, de que yo me forme tal idea del geómetra, y luego tal otra. Estas ideas me satisfacen, ciertamente, por completo. Pero, además de que la duda hiperbólica aun las alcanza en cuanto las compongo y en cuanto las conduzco un poco lejos, puesto que entonces es preciso que me confíe a mi memoria, es evidente para mí que no lo sé todo, y que hay, aun en el arte de combinarlas, inmensos dominios que son también inaccesibles para mí como esos otros cielos detrás de los cielos. Sé que me engaño con frecuencia, pero es aún más evidente que ignoro mucho y que ignoraré siempre mucho. Como entendimiento soy, pues, limitado; reconozco aquí mi imperfección, lo que supone que tengo idea ya de la perfección. Pero todo no está dicho aún. Esta idea de la perfección, que me conduciría a buscar alrededor de mis ideas una totalidad de ideas, es aún negativa. Decir que no sé todo es lo mismo que decir que no sé que no estoy en todas partes; así lo infinito de un entendimiento se parece a la falsa infinidad de las cosas, que siempre se remiten a otras. Y, en el fondo, si yo no fuese más que entendimiento, yo ignoraría, yo no sabría que ignoro. Pero, ¿por qué buscar por ahí, siendo que tengo parte en la perfección, en la positiva perfección, por ese poder de dudar que me hace más fuerte que todo el poder de engañar? Dios está por este camino, y no como enemigo y en contra mía, sino como amigo y a mi favor. Tengo ayuda contra el genio maligno, y esta ayuda es de Dios a no dudarle. Pues bien, esta facultad de dudar es el libre arbitrio mismo. Y Descartes nos aleja aquí de toda ocasión de vacilar sobre lo que quiere hacernos comprender, recalcando que no se puede tener libre arbitrio así poco más

o menos, sino que se le tiene infinito, o bien, que no lo tenemos en absoluto. Sin embargo, mirando esta idea de más cerca, deseo juzgar de una vez por todas, cómo desde este elevado punto de vista de la duda, de donde veo hasta muy lejos, esa falsa infinidad y toda ostentación. No sólo la juzgo, según esta relación exterior que supone siempre alguna otra cosa desde el otro lado del límite, pero, aun más, descubriendo esta ley del sobrepasar, que me lleva lejos, y aun más lejos que lo más lejano, noto que la facultad de pensar el límite implica de antemano la idea que todo límite será sobrepasado. Y la relación tan cercana a mí como de uno a dos, implica de antemano toda continuidad de números y cualquiera continuidad de continuidades. Por muy lejos que pueda prever que esta adición de objeto a objeto terminará por sobrepasar mi facultad de agregar, muy por el contrario, noto claramente que nunca dejará de existir. De la misma manera que aparece la infinidad de las partes concebida de antemano, así también aparece la otra infinidad que no tiene partes. El poder de juzgar se ve, en fin, sobrepasando de repente toda acumulación del concebir, aun en el concebir mismo.

Dios no es, pues, entendimiento completo; y, de la misma manera que no se trata de pasar de lo pequeño a lo grande, y de lo que no ocupa sino un lugar a lo que ocuparía todo lugar, lo mismo, y por las mismas razones, no se trata de pasar del que sabe una cosa y luego otra al que lo sabría todo. La relación exterior se ve aún aquí por aquello de que la variedad de las ideas no tiene sentido sino como reflejo de la variedad de las cosas, es decir, de esta existencia mecánica que nos remite siempre a algún otro objeto. Esta gran extensión de ideas y este desierto de ideas no nos acerca de ningún modo a la perfección, sino que nos hace sentir, por el contrario, una imperfección radical. Esto se verá aún mejor cuando entremos a la teoría del error. Pero, desde luego, es necesario descartar una interpretación común, si así pudiera decirse, a todos los Cartesianos, chicos y grandes, y a la que Spinoza le ha dado forma para terror de todos: me refiero

a esa inmensidad de entendimiento en que todo es comprendido y contado, «exhibido y abstraído», como dice Lagneau; ese Dios-objeto, en fin, por no decir, ese Dios-cosa.

Dios es espíritu. En eso están todos de acuerdo. Pero, ¿qué es espíritu? Ahí está la cuestión. No era sin motivo por lo que yo pedía hace un momento detenernos un poco a meditar suficientemente sobre esta facultad de dudar de todo con rigor, lo que es el alma de todos nuestros pensamientos. Ahora tratemos de encontrar con nuestros pobres medios esta portentosa idea, que Descartes explica apenas, pero que en cambio pone en todas sus reflexiones sin atenuarla jamás. ¿No hay buen sentido en creer que saber una cosa después de otra no es saber mejor sino en que es siempre la misma operación, bien o mal comenzada? Todos honramos, bajo el nombre de juicio, un saber limitado, pero perfecto en sus límites. Y ningún sabio ha reemplazado jamás el problema de saber bien por el problema de saber mucho. No habría punto de verdad para nadie si el saber se aumentase a la manera de las cosas y dependiese de la extensión. Es decir, que las pruebas no llegan a nosotros como meteoros que forzarían a los felices testigos. Por el contrario, todas las pruebas son voluntarias y experimentables (*voulues et faites*), y jamás son sufridas, y la reflexión no deja nunca de poner a prueba las ideas y de disolverlas rechazándolas: tal es el alma de las pruebas. «En este sentido—dice Julio Lagneau—el escepticismo es lo verdadero». No es fácil desarrollar esta robusta idea. El majestuoso edificio de los conocimientos adquiridos se opone siempre a esto. Descartes, por lo menos, ha alumbrado el camino, hasta deslumbrar, con la doctrina de la libertad en Dios. Aunque es atolondrado sostener que las verdades son tales en Dios, porque El las quiere así, eso no es, sin embargo, sino una manera fuerte de decir lo que se ha demostrado más arriba en forma más accesible a nosotros, a saber, que la perfección está por encima del entendimiento.

Volvamos a lo humano más próximo; no tardaremos mucho

en volver nuevamente. Creo que la doctrina que acaba de ser expuesta sumariamente es el texto de nuestras meditaciones futuras que yo llamo prácticas y urgentes. El pensamiento libre, tanto y tan vanamente desacreditado, tiene sin duda alguna un valor de religión. Pero habrá siempre dos religiones, de las cuales una medita y otra administra. La oposición del jansenita y del jesuíta no es de un momento, pues el espíritu humano no vive de sí mismo: necesita verdades y pruebas y una concordancia de conjunto. Sin embargo, todos sienten también que no habría pruebas si Dios no estuviera por encima de las pruebas. Habría, pues, una negación de este mundo de las cosas, y, también de este mundo de las pruebas acabadas y terminadas, una negación que sería el alma de la religión. Aquí está el germen de la irreligión, y lo sabían muy bien esto los teólogos que emprendieron una guerra tan dura contra Descartes. Este mundo tomista, este mundo de pruebas administradas, será siempre intimación y amenaza para el solitario que toma como centro de religión la función ascética de dudar alguna vez de todo. Pero siempre, en cambio, el Atlas que carga estas cosas hará al menos además de abandonarlas, por decirlo así, y en cuanto a Dios hará además de que no hay cosas juzgadas en el dominio del espíritu. En suma, la herejía no dejará nunca de salvar a la Iglesia. Pues hay dos maneras de temer a Dios. El espíritu fuerte teme al Dios exterior; el espíritu débil teme al Dios interior, carga pesada por cierto. Lo indivisible y lo visible desarrollarán siempre así su oposición, que es correlación.

En Descartes la concordancia se efectúa mediante una manera de ver superior a las nuestras. Descartes, como se sabe, tuvo visiones proféticas, a continuación de lo cual hizo voto de ir a Lorette, y allí fué en efecto. Juegos de la imaginación, ensueños y peregrinajes a la vista del pensador que escribió las «Meditaciones». Pero de que Dios sea primeramente el Dios de nuestros pensamientos, lo que equivale a decir de nuevo que Dios es verídico, él no deduce sólo que no somos engañados sino

por nuestras pasiones; deduce aún que nada hay que sea falso en las apariencias, y que finalmente la estructura del cuerpo humano, debe darse cuenta de ello. Por ejemplo, aquella superstición que él nos cuenta que tenía de preferir las caras en las que los ojos miraban un poco bizco, no es falsa sino que por las razones de fantasía que sobre esto se quería darnos; pero es verdadera en cuanto expresa una experiencia o impresión recibida con anterioridad y que ha unido esta clase de caras a la alegría de amar. De la misma manera ese aspecto del sol en la bruma a doscientos pasos, tan opuesta a primera vista a la idea que del sol se forma el astrónomo, debe, sin embargo, ser explicado, y lo es en efecto, por la estructura de los ojos y por la bruma. Y es aun esta apariencia—mensurable a la retícula, medida que es apariencia todavía—la que el astrónomo acerca, para rechazar y conservar al mismo tiempo, con el objeto de avaluar la enorme distancia, y, mediante la distancia, el inmenso tamaño, la masa los movimientos. Es de la misma manera como se mide el ángulo según la longitud de la sombra, y cómo también, el bastón quebrado, apariencia que preocupó a los hombres durante siglos, nos da a conocer la superficie del agua y aun el movimiento de la luz. Y si el pensar no puede conformar siempre al creer, pues habría que saberlo todo, en todas nuestras percepciones al menos se distingue lo que viene del cuerpo y debe ser referido a él, de manera que no haya ya ídolos; y es mediante tales observaciones, en su amplio desarrollo, mediante las cuales se llega a esa gran idea de que Dios no puede engañarnos. De la misma manera, aquél que ha distinguido mejor estas dos facultades, la de entender y la de imaginar, es también el que se acomoda mejor para unir las. Va, por lo tanto, a Lorette como va a todos los lugares de espectáculos y de sociedad con el objeto de conocer y experimentar la unión del alma y del cuerpo; pero sin duda experimentaba allí algo mejor aun, la concordancia de estas dos facultades, y de la misma manera que su sueño profético, en el que las imágenes fueron, sin duda, símbolos perfectos. Pero se nece-

sita haber meditado mucho acerca del «Tratado de las Pasiones» si se quiere ser capaz de desarrollar esta medicina superior, a la que él debió—si ha de creérsele—el prolongar su vida hasta la cincuentena, contra la predicción de los médicos.

EL TROZO DE CERA

«Hay que quedar de acuerdo, entonces,
« en que yo no podría comprender por la
« imaginación lo que es este trozo de cera,
« y que sólo existe mi entendimiento para
« comprenderlo».

(Medit. II).

Se entiende que me abstengo de citar y de mostrar aquí a Descartes a pedazos. Algunas líneas solamente: «Tomemos, por ejemplo, este trozo de cera; recién acaba de ser sacado de la colmena, no ha perdido aún la dulzura de la miel que contenía, retiene algo del olor de las flores de las que ha sido recogido...». Hay que leer todo este pasaje de la «Segunda Meditación», y más de una vez. Ahora nos basta volver a encontrar al Descartes vivo, al Descartes ante la cosa, al Descartes en quien la percepción y la atención no se separan jamás. Es un hermoso rasgo suyo el haber esperado la nieve para pensar algo sobre ella, feliz entonces, según su propia expresión, de que las ideas le caigan del cielo. No está aquí el hombre que arregla sus ideas hacia lo mejor, sino más bien el que piensa el universo presente, y que no piensa en ninguna otra cosa, como lo hemos visto en sus meditaciones sobre la duda, universo en el que son los cuerpos presentes y percibidos—el fuego, la lámpara, las capas—los que el alma rebota. Tal es su regla de reflexión, siempre desconocida. Pero se trata ahora de saber lo que yo pienso acerca de un cuerpo real. Y este célebre análisis del trozo de cera consiste en que puedo cambiar su forma modelándolo, la solidez acercándolo al fuego,

hasta ver que perecen el color, el olor y la consistencia, yo agregaría: hasta ver perderse esta cera en vapor, en llama, en humo. «¿La misma cera queda tal después de este cambio? Hay que confesar que sí; nadie lo duda, nadie lo juzga de otra manera. La cera no es, pues, ese olor, ese color, esa consistencia, esa figura. Los sentidos no la cogen en esencia: es el entendimiento el que debe perseguirla, pero no fuera de la percepción; piense yo lo que piense del trozo de cera, «es el mismo que he creído siempre que era al comienzo». Pero, ¿qué debo pensar de esto?

El lector que medita cae como en un hoyo. No hay que temer, sino más bien—deliberados ahora de la imagen—seguir con intrepidez una idea de la que nadie duda. Quemó esta cera, o bien la volatilizo; se pierde en el universo; pero el entendimiento la sigue ahí siempre. Los átomos, como decimos, de carbono y de hidrógeno, no son destruidos; tienen su lugar y destino. Pero supongamos aún que se destruyan, no entendemos en eso sino que se disocian y dividan, incognoscibles en sus nuevas adaptaciones de las que no tenemos quizás idea; pero, en fin, los trozos, o fragmentos o elementos de esta cera, cualesquiera que sean con toda certeza se separan o aglomeran en alguna parte, lejana o cercana, en tal o cual dirección, acercándose a tales elementos, alejándose de otros, contrariando o favoreciendo aquí o allá algún movimiento del fuego o del vapor, o bien son tomados de nuevo por algo sólido, una hoja de árbol o un marisco. Los he perdido de vista, no puedo decir precisamente lo que son ni dónde están, pero partieron de este universo; no han salido. Repito con nuestro filósofo: «nadie lo duda, nadie lo juzga de otra manera».

Están en alguna parte, aquí o allá; no puedo vencer este pensamiento. Alguno de ellos no está al mismo tiempo aquí y allá; es decir, que caen bajo dimensiones determinadas, que cierta relación de dirección y de resistencia es verdadera a cada instante entre ellos y las otras cosas. Tal es su existencia de la que puedo despojarlos. ¿Qué es, entonces, esta existencia, que puede romperse y dispersarse de mil maneras, pero que no cesa de con-

currir con todas las otras cosas, empujando y empujada, presionando y presionada?

Fijémonos bien aquí. La cosa extendida de Descartes ha hecho escándalo ante los ojos de casi todos los pensadores. Digo ante los ojos; pues, bajo el nombre de extensión, ellos quieren representarse un vestido sin desgarraduras que recubre todas las cosas, o bien, un espacio vacío que las contiene a todas. Bien, dicen, eso no es sino una forma de nuestra representación, y a manera de una relación tendida de una cosa a otra, según la cual se las juzga lejanas o cercanas, grandes o pequeñas. Ahora bien, puesto que hay que despojar a esta extensión de colores, de sonidos, de contactos—a lo que nos invita el análisis expuesto más arriba—y que hay que negar aun a la cosa real toda forma determinada que le pertenecería en particular, queda aún una forma indeterminada y hueca, a la manera de lo que sería el espacio de los geómetras, y en la que todas las formas y todos los movimientos son posibles. Y es un poco fuerte, piensan, decir que la materia se reduce a eso y no sea más que esa forma vacía. En lo que se dejan llevar, una vez más, por la imaginación. Entre otras cosas que asombrarán durante largo tiempo, Descartes ha dicho, y más de una vez, que las matemáticas ejercitan principalmente la imaginación. Esto nos invita, no ya a dar forma aquí a la imagen de la extensión, sino a la idea misma de la extensión, y sólo mediante el entendimiento, es decir, a pensar el exterior absoluto, la existencia material sola, la cosa desnuda, en fin. Pues en eso estábamos, sin abandonar un solo instante la idea común, la idea de la que nadie duda; en eso estábamos, pero a condición de sacar la idea totalmente fuera de la imagen. ¿Qué es, pues, esta existencia exterior? ¿Qué debo pensar correctamente de ella, si la desvisto, como dice enérgicamente Descartes, y la considero completamente desnuda? Lo que busco es la extensión absoluta, es decir lo que es exterior en el amplio sentido de la palabra, y si se pudiera decir lo esencialmente exterior. Y esta idea consiste en que ninguna cosa material, como

tal, no tiene una naturaleza interior y peculiar, sino que por el contrario, toda cosa material está absolutamente disuelta en sus partes, y en las partes de sus partes, no teniendo cada una de ellas otra modificación que la que ella recibe de las vecinas, y, progresivamente, de todas.

Los atomistas han cogido, mucho antes que Descartes, este carácter de la cosa; y todo el esfuerzo de ellos consiste en decir que el átomo no es nada por sí mismo, y que, por el contrario, recibe todas sus propiedades del choque de los demás, de suerte que la ciencia de las cosas vuelve a formar combinaciones, gravitaciones, corrientes y flujo de átomos. Ahora bien, para seguir rigurosamente a Descartes en su severo análisis, reconozcamos que el átomo es como un ser auxiliar, y, para hablar con propiedad, una ayuda de la imaginación. Se le atribuye solidez y forma; pero en la solidez y en la forma volvemos otra vez a encontrar la relación exterior, o relación de composición. La cosa reducida a sí misma, o la existencia desnuda, consiste en que ninguna de sus partes es algo en sí, sino que al contrario el todo de la cosa es exterior, de manera que la parte más pequeña no es lo que ella es en cada instante, más que por el flujo, el frotamiento, la presión de todas las demás cosas. Una vez más: nadie piensa de otra manera, si es que piensa. Pero la imaginación nos persuade siempre de que el peso está en la cosa pesada misma, e inherente a ella. Sin embargo, todos sabemos, desde que hemos recibido un poco de instrucción, que el peso de un pedazo de plomo cambia del polo al ecuador, y aun, bien mirado, según la luna; y todos saben también que tal color no es sino una manera de devolver la luz, y que depende del flujo de la luz también, de suerte que si la luz no tuviese rayos amarillos, el oro sería negro. Es preciso llamar cualidades ocultas aquellas cualidades que se suponen inherentes a tal parte de la materia, y que deberían subsistir aún en el interior de la cosa, cuando hubiera cambiado todo a su alrededor. No existen tales cualidades: los físicos lo saben muy bien; pero Descartes, es sin duda, el único que haya dado forma a

la idea que las excluye absolutamente. La existencia está aquí pensada como tal y la necesidad pura se ve, por primera vez quizás, muy distinta de la fatalidad; pues nada se dice y nada se piensa en este polvo arremolinado que emplea todas las cosas, en fin, bellas o feas, en un mismo frotamiento, según la ley de hierro que somete a cualquier ser a todo lo que no es él. No hemos terminado de dar forma a esta idea viril, por la cual la existencia del mundo se plantea al fin. Es aquí donde, mediante una contemplación constante, encuentra su término esta dialéctica interminable que quisiera hacer un mundo de nuestros ensueños. Era que había necesidad de dar forma a la idea de la existencia pura sin ninguna mezcla. Y, puesto que las cualidades ocultas reaparecen siempre mediante el imperio de la imaginación, este análisis del trozo de cera sonará siempre también como el más bello poema. Pues la idea mitológica deja escapar la belleza del mundo, tan profundamente sentida por todos. Y por el contrario la única idea de este mar continuamente sacudido y desatado, y de todo el universo circundante, exterior también a sí mismo, sin proyecto y sin pensamiento alguno, toca en fin lo sublime presentido por los poetas, según el sentimiento de una verdadera grandeza, que se diría corneliana, y que sobrepuja esta falsa grandeza.

Diré poco del movimiento y solamente para señalar que Descartes ha estado siempre atento en retirarlo de alguna manera de la cosa desnuda para repartir en sus inmediaciones, o más bien, para pensarlo como una relación entre la cosa y las demás cosas. Os asombraréis de encontrar en los «Principios», y sin ninguna ambigüedad ni restricción, una doctrina aun hoy nueva, según la cual el movimiento no es sino una relación entre un cuerpo y los cuerpos vecinos. Esta idea agrada al comienzo; por los juegos de imaginación que allí se entrelazan; pero sobrepasa pronto la medida de los espíritus medianos debido a que las cualidades ocultas o inherentes antes de ser negadas aun aquí, es necesario que la fuerza viva, o el impulso de la masa, se desprenda de la cosa

movida y relacionada con el campo circundante. Dejo a los héroes del entendimiento esta idea difícil; admiro solamente que Descartes, sin haberla seguido hasta muy lejos, le haya dado forma al menos. Es más fácil comprender por qué los Cartesianos resistieron las ideas de los Newtonianos concernientes a la acción a la distancia. A decir verdad, estas fuerzas centrales no eran sino síntesis y no creo que la doctrina cartesiana, según la cual una parte no se muda o desplaza sino por sus vecinas, encuentra hoy contradictores. Si se consideran ahora estos átomos de hoy, tan complicados como mundos, se llegará a la conclusión, me parece, que nuestra física es totalmente cartesiana, pero quizás, según estas explicaciones, y por muy insuficientes que sean, se espera comprender que no podía ser de otra manera.

(Continuará).

(Traducción de Antonio Zamorano Baier).